

Los espejos venecianos

Joan Manuel Gisbert

EDELVIVES

ÍNDICE

1. Una habitación sombría	5
2. La desaparición de un legajo	12
3. ¿Una ventana hipnótica?	18
4. La carta inacabada	23
5. La maldición del astrólogo	28
6. El rostro de Beatrice Balzani	35
7. Huellas en el polvo de años	41
8. Desalojo por oscuras causas	49
9. Volver como un extraño	58
10. De los espejos venecianos	65
11. Una advertencia subrayada	73
12. Mascarada nocturna	81
13. Voces en la noche	86
14. Miradas al pasado	92
15. La que nunca murió	98
16. En el trasmundo	106
17. El teatro catóptrico	112
Epílogo	127

UNA HABITACIÓN SOMBRÍA

El joven estudiante de letras Giovanni Conti llegó a Padua al atardecer del último domingo de marzo. Había hecho un largo y penoso viaje desde Nápoles, su ciudad natal, para asistir a un curso de documentación histórica impartido por el ilustre profesor Giacomo Amadio, maestro de cronistas y literatos. Corría el año de 1792.

Giovanni bajó del traqueteante carruaje molido por los bandazos que había soportado durante la marcha. El polvo del largo camino cubría sus ropas y su cara. Los ojos le escocían. Anduvo unos primeros pasos con dificultad.

Pero estaba eufórico. Esperaba mucho de las semanas que se avecinaban. Aún no podía imaginar que sus días en aquella ciudad pronto iban a verse afectados por circunstancias que le llevarían a olvidar el motivo inicial de su viaje.

Aunque caminaba con el cuerpo entumecido, y la bolsa de equipaje se le hacía más pesada a cada paso, quiso

contemplar cuanto antes la universidad. Preguntó por ella a unos hombres que estaban en el umbral de una taberna. Quedaba muy a mano. Muy pronto la tuvo ante sí.

Por ser día festivo, el edificio universitario estaba cerrado. Vio cómo el atardecer enrojecía su noble fachada, y, emocionado, pensó que allí transcurrirían sus jornadas hasta el verano.

Esperó a que la regia estampa se oscureciera tras las primeras sombras del ocaso. Luego, tomó de nuevo su equipaje y se orientó en busca de la hostería Veneciana. Tenía referencias de que, para los estudiantes llegados de otras ciudades, era el único lugar en Padua que ofrecía hospedaje a precio muy barato.

Estaba al final de una calleja. Más parecía un asilo o una cárcel que una hostería. Pero Giovanni no tenía posibilidad de elegir. En el zaguán había un mostrador destartado. Tras él, un hombre apilaba paños raídos y mal doblados. Al ver a Giovanni, le dijo:

—Me imagino a lo que vienes. Llegas tarde.

Un tanto perplejo, el joven estudiante explicó:

—Voy a seguir un curso en la universidad; necesito alojamiento.

—Aquí no lo encontrarás. La gente casi se sale por las ventanas de tan lleno como está.

—Aceptaría una habitación compartida. Con un rincón puedo apañarme.

—Ya hemos metido en todas partes más camas de las que caben. No entra ni una más.

Giovanni estaba desolado. Sus pocos recursos no le permitirían costearse un alojamiento más caro. Se le planteaba un problema difícil de resolver.

En aquel momento, alguien, desde dentro, llamó al

LA DESAPARICIÓN DE UN LEGAJO

El eminente profesor Giacomo Amadio aborrecía las modas masculinas de la época. Siempre había sido enemigo de las pelucas empolvadas y detestaba enfundarse medias blancas en las pantorrillas. A diferencia de otros profesores, lucía en toda ocasión su negra toga de catedrático, que acentuaba su aspecto severo y algo demacrado.

El único detalle que cuidaba era su barba, ya cenicienta, recortada con esmero. Por lo demás, no se preocupaba de su aspecto. Secretamente pensaba que un cierto desaliño le daba la imagen adecuada.

—Llega usted con cinco días de retraso, Conti —reprochó a Giovanni, con expresión áspera, cuando éste se presentó en su despacho—. Espero que pueda justificar tan mal comienzo. Aquí no damos ni un solo día por perdido; todos han de ser de provecho, desde el primero hasta el último. Toda ausencia, si no obedece a causas sólidas y demostrables, es considerada falta grave. Explíquese.

Con cierto apuro, Giovanni refirió las circunstancias familiares que habían demorado su partida de Nápoles, así como diversos percances en ruta que habían hecho aún mayor el retraso. Antes de dar por acabadas sus justificaciones añadió:

—Me costó mucho convencer a mis padres de que sería muy útil para mí hacer este viaje. A pesar de todas las objeciones, lo logré. Aquí estoy y me considero afortunado.

Amadio aprobó en silencio aquellas palabras y preguntó a continuación de un modo algo más amable:

—¿Se ha visto en dificultades para encontrar alojamiento?

—Al principio sí, pero he tenido suerte. Una señora me alquiló una habitación en su casa.

Amadio enarcó las cejas, interesado.

—¿Una señora?

—Mayor —dijo Giovanni, como si fuese necesario aclararlo.

—¿Dónde está esa casa?

—Aún no sé el nombre de la calle. Está algo apartada, al lado de un palazzo en el que no vive nadie.

—¿Tiene tres fachadas completas y una de ellas da a una pequeña plaza?

—Sí, profesor.

—Inconfundible. Es el palazzo Balzani; hoy deshabitado, ciertamente. Se está deteriorando. Una verdadera lástima. Y, casi metido en él, está el otro edificio. Sé de cuál se trata. Nunca he entrado allí, pero puedo imaginar esa habitación. Muy alegre no será, aunque sí amplia y ventilada, y sin ruidos de ninguna clase, ¿verdad?

—Es muy luminosa por la mañana —contestó Giovanni, evasivo.

¿UNA VENTANA HIPNÓTICA?

Giovanni volvió a su aposento después de media tarde. Estaba bastante cansado. Su primera jornada en la universidad había resultado más agotadora de lo que esperaba.

Aunque tenía deseos de dejarse caer en la cama, abrió la ventana. Con la menguante luz del atardecer, la visión no era más alegre que en plena noche. Aún se hacían más evidentes la atmósfera mortuoria del interior del palazzo y el aire desamparado de sus estatuas.

No obstante, se quedó contemplando aquel patio desolado, al que no se aventuraban a bajar ni los pájaros. Algo en aquella visión lo fascinaba. No podía evitarlo.

Acercó a la ventana el único butacón de la estancia y se sentó. Miraba al palazzo ensimismado, como si nunca fuese a dejar de contemplarlo. Sentía una paz remota, extraña.

El tiempo parecía no pasar. Todo estaba quieto y muerto. Sólo la lenta retirada de la luz diurna impedía el esta-

tismo completo. El atardecer fluía suavemente hacia la noche, como un tránsito lleno de presagios y secretos.

Giovanni se encontraba en situación semejante a la de un hipnotizado: toda su voluntad estaba sometida al influjo de la imagen del palazzo.

Unos golpes que sonaron en la puerta le sobresaltaron. Le pareció sentirlos en su propia espalda, pero le ayudaron a sustraerse de la extraña influencia que le había cautivado.

Era la señora Alessandra quien llamaba. Llevaba un manojo de velas en la mano. Quería dárselas. A Giovanni le pareció que la actitud de la mujer era fría y distante.

—¿Está a oscuras? —preguntó ella, escudriñando el interior de la habitación y fijándose de manera muy especial en que la ventana estaba abierta.

—Descansaba —repuso el joven ambiguamente.

La mujer dio un paso adentro y observó la cama intacta. Después, sin expresión en la voz, preguntó:

—¿Se va acostumbrando a la habitación?

Giovanni se limitó a explicar:

—He dormido bien. No he extrañado la cama.

—Se está haciendo tarde. ¿No saldrá a cenar?

—Me disponía a hacerlo —mintió el napolitano.


—Cierre bien la ventana antes de irse. El fresco de la noche es traicionero, se cuela en los huesos.

—No lo olvidaré —aseguró Giovanni, impaciente por quedarse otra vez a solas.

En cuanto ella se retiró, el joven se apresuró a cerrar la ventana. No lo hizo sólo para evitar que la habitación se enfriara; quería borrar los negros perfiles del palazzo.

El grosor de la cortina ocultó la hipnótica imagen.


Podía ir a cenar a la hostería Veneciana aunque no es-



Joan Manuel Gisbert estudió electro-técnica aunque, afortunadamente, optó por dedicarse a la literatura infantil y juvenil.

En sus libros rezuma el olor a misterio y se aprecia la certera genialidad de su mano creadora. La producción literaria de Gisbert es rica tanto en cantidad como en calidad. Prueba de ello es el elevado número de galardones con los que ha sido reconocido: el premio **Lazarillo**, el **Nacional de Literatura Infantil** y el de la **CCEI**, entre otros.

Cuando se tiene la oportunidad de escucharle, se comprueba que Gisbert es una de esas personas que sabe captar la atención del público y conducirlo a un mundo irreal, en el que cada cosa ocupa su lugar.

colección alandar 

Las estancias solitarias y llenas de misterio de un deshabitado *pala-*zzo de Padua van a ejercer una irresistible y profunda fascinación en un joven estudiante. La leyenda de Beatrice Balzani, «la que nunca murió», una mujer que desapareció sin dejar rastro y que abandonó la existencia envuelta en la niebla del misterio, vive en el recuerdo de todos los habitantes de la ciudad. Su invisible presencia influirá de una manera decisiva en los hechos de esta obra.



ISBN 978-84-263-4848-7



9

CL 75127

EDELVIVES